

Globethics Repository



Disputando el espacio global [Disputing the global space]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Vargas Valente, Virginia
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-09-09 10:39:17
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/219645

Disputando el espacio global. El movimiento de mujeres y la IV Conferencia Mundial de Beijing

Virginia Vargas Valente

Virginia Vargas Valente: socióloga, con especialidad en ciencias políticas y activa militante feminista, fundadora del Centro de la Mujer Peruana «Flora Tristán». Coordinadora de las ONGs de América Latina y el Caribe al Foro de ONGs con motivo de la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer de Beijing, septiembre de 1995. Autora de varios libros sobre género, política y desarrollo.

Resumen:

El camino a Beijing nos ha vinculado, a cada una de nosotras, con mujeres de toda la región de una manera desconocida hasta ahora. Cuando decimos *América Latina y el Caribe* no estamos hablando sólo de un mapa. Somos más que una región geográfica: somos movimiento, somos práctica y teoría caminando juntas, y nuestra fuerza radicarán siempre en mantener vivo este entramado de diversidades y coincidencias.

Es difícil evaluar la IV Conferencia y el IV Foro Mundial de Mujeres realizados hace pocos meses en Beijing, debido a las intensidades, contradicciones, pasiones y subjetividades que contuvieron tanto el proceso como los eventos mismos. Es más difícil quizá para mí porque mi reflexión se desarrolla desde una ubicación privilegiada como coordinadora de la Región, conviviendo en otros múltiples espacios también privilegiados y, en muchos momentos, al mismo tiempo contradictorios.

Introducción

Traigo una combinación de visiones desde la región, desde las redes globales con las que la región se articuló, desde el Comité Facilitador, que fue el organismo que dirigió el proceso, desde los espacios de negociación con los organismos internacionales y los gobiernos y tratando todo el tiempo de que esas visiones incorporaran los intereses del movimiento de mujeres. A lo largo del proceso he tenido muchas ambivalencias frente a las diferentes lógicas que estaban en juego al

mismo tiempo: las lógicas y los intereses múltiples del movimiento y las lógicas e intereses de los gobiernos, de los espacios oficiales, de las agencias internacionales, de la ONU. Todas ellas llenas de matices, flexibilidades, rigideces y dinámicas impredecibles. Nada en blanco y negro.

El hecho evidente para mí es que, alrededor de la IV Conferencia Mundial, la sociedad civil –a través del movimiento de mujeres, a través de mujeres sensibles y aliadas desde los gobiernos, a través de lo logrado en las cumbres y conferencias de los últimos años (especialmente las de derechos humanos y de población)– logró generar un determinado contexto político que llevó a que, finalmente, la Plataforma de Acción Mundial incorporara aspectos sustanciales de la agenda del movimiento de mujeres a nivel global.

Todo este proceso ha marcado un hito fundamental en el movimiento de mujeres. Porque en el proceso de Beijing se expresaron la acción y la propuesta política de este movimiento, en su carácter no sólo regional sino global. Lo que sí quedó registrado en el proceso a Beijing es la capacidad que tiene el movimiento de apropiarse y permear los espacios oficiales. Al hacerlo, el movimiento de mujeres demostró ser un movimiento político de carácter global.

En este artículo quiero ofrecer, desde la región de América Latina y el Caribe, una reflexión sobre cómo se dio esta experiencia. Qué actoras-actores la hicieron posible, con qué estrategias, con qué tipo de alianzas, negociaciones y confrontaciones. Con qué contradicciones e interrogantes. A la luz de los resultados de la Conferencia, quiero también reflexionar sobre cuáles son algunos de los contenidos y retos que ofrece el proceso post-Beijing para el movimiento de mujeres, la sociedad civil y el Estado.

Dos datos básicos, interrelacionados, que nos permitirán ubicar el contexto en que esto fue posible: por un lado, el enorme avance del movimiento de mujeres en nuestra región y en el mundo en las últimas décadas, especialmente en los últimos 10 años, que son también los que separan la III Conferencia Mundial, que tuvo lugar en Nairobi, de esta IV Conferencia; por otro lado, el hecho de que nunca ninguna Conferencia o Cumbre Mundial –de mujeres o de las otras– contó con tal nivel organizativo y político de un movimiento social, ni tantas articulaciones regionales y globales. Así, los avances de estos diez años se expresan en todo este despliegue de estrategias y presencias políticas de las mujeres –como movimiento– a lo largo y ancho no sólo de la región¹ sino del planeta.

¹ A nivel regional, el movimiento de mujeres había logrado un nivel de articulación significativo (encuentros feministas cada tres años, cerca de una decena de redes

Estos avances se habían visto indudablemente favorecidos y complejizados por los grandes cambios que ha traído el proceso de globalización, así como por la centralidad de las nuevas formas de comunicación. Pero algo más había cambiado en el movimiento de mujeres. Una autonomía más bien defensiva y una lógica y dinámica de confrontación habían sido la constante en los inicios del movimiento, y lo que había caracterizado una parte significativa de su accionar y sus propuestas en la década de los 80, tanto por necesidad de afirmación como movimiento, cuanto por la existencia en la región –salvo en el Caribe no español– de las dictaduras. Los años 90 trajeron una nueva ola democratizadora, y un movimiento con mayor capacidad de producción de conocimientos y propuestas, una creciente amplitud de su horizonte referencial. Fue instalándose lentamente una lógica más bien de negociación y de autonomía dialogante y propositiva.

El proceso

Optar por participar en el proceso de Beijing implicó también optar por expandir esta lógica de la negociación hacia espacios y niveles en los cuales teníamos muy poca experiencia como movimiento: ello no solo implicaba interacción con los gobiernos sino también con el espacio oficial global, construido desde arriba y representado por la ONU, y con el actual orden mundial sustentado en un modelo excluyente, poco flexible, poco democrático. Un espacio hegemonizado por Occidente, con escaso lugar para la diversidad de miradas, y hegemonizado por una lengua –no saber inglés es vivir en permanente marginación en estos espacios–. Un modelo y un espacio que no solo son criticados por el movimiento de mujeres desde diferentes ángulos, sino ante los cuales también todos los otros movimientos sociales democráticos están buscando y proponiendo alternativas. Al optar por participar en el proceso de Beijing también optamos por impulsar una de esas alternativas: fortalecer un proceso de globalización y democratización del espacio regional y global desde abajo, desde el movimiento de mujeres.

La primera expresión de esta opción marcó además, para la región, el inicio del proceso. Para la IV Conferencia, la ONU decide nombrar un Comité Facilitador, integrado por primera vez por representantes regionales. Esta designación se hizo sin consulta con las regiones ni las redes, y por lo tanto sin fuerza autónoma. Una parte significativa del movimiento de mujeres-ONGs de América Latina y el Caribe se negó a aceptar a la persona designada por la ONU como responsable regional. En una movilización relámpago de menos de una semana, enviamos cientos de faxes a la ONU exigiendo reemplazar a dicha persona por una

temáticas y sectoriales, seminarios, reuniones teóricas y políticas permanentes) fueron el contenido del accionar regional del movimiento en al menos estos últimos 15 años.

mujer del movimiento, y tuvimos éxito. Es así como asumí la coordinación del proceso regional. Eso nos dio, desde el inicio, una enorme legitimidad frente a la ONU y frente a las demás regiones y redes globales, pues fue la única región que logró ese cambio. Ello nos dio además, desde el inicio, un «estilo» de movimiento y una dosis de rebeldía que se expresaron en otros muchos momentos a lo largo del proceso.

Multiplicidad y diversidad

Sociedad civil –nacional y global– y gobiernos –nacionales/interestatales– fueron los espacios básicos donde nos movimos, a múltiples niveles: desde lo local hacia lo global, en un permanente movimiento de ida y vuelta que comenzaba a iluminar todo en forma diferente. Las actoras y actores, instituciones y movimientos fueron también múltiples: ONGs grandes y pequeñas, redes, expresiones diversas del movimiento de mujeres, nuevas vertientes que iban perfilando nuevas autonomías e identidades; gobiernos, coaliciones de gobiernos, la ONU y sus agencias, el Secretariado de la Conferencia y el Comité Facilitador del Foro, las iglesias, los medios de comunicación, etc. Todos ellos protagonizaron un abanico de alianzas, confrontaciones y negociaciones que armaron el tejido social y político que sostuvo las múltiples dinámicas que se dieron en el proceso de preparación y ejecución del Foro y la Conferencia.

Dentro de esta intensidad hubo dos claros momentos: desde los inicios hasta el Foro y la Conferencia Regional (setiembre 1994) y desde el Foro y la Conferencia Regional hasta el Foro y la Conferencia Mundial (setiembre 1995).

La región

Para relacionarse con esta enorme diversidad de dinámicas, de actoras/es y niveles de actuación, la región trabajó durante casi dos años –pocos para tanta tarea, pero intensos, agotadores y a la vez enormemente fascinantes y desafiantes– sin parar; se organizó a nivel nacional y subregional, se articuló con redes y movimientos específicos². La dinámica del movimiento-ONGs era desigual, estando marcada mayoritariamente por el desconocimiento, como movimiento, de la dinámica y los códigos de los espacios intergubernamentales. Apostamos

² Nos organizamos en seis subregiones, con equipos responsables en cada una de ellas y en cada país. Las redes regionales: Red Feminista Latinoamericana y del Caribe contra la Violencia Doméstica y Sexual; Red de Salud de las Mujeres Latinoamericanas y del Caribe, CLADEM, Red de Mujeres Afrocaribeñas, ILGA, REPEM, Red Entre Mujeres, CAFRA, Católicas por el Derecho a Decidir, Red de Mujeres Jóvenes, DAWN, WAND, etc., eran parte fundamental de esta estructura flexible. (Las indígenas estaban en proceso de articulación entre ellas). La presencia del Caribe no español fue un reto más complejo y difícil, pero enriqueció enormemente la perspectiva regional y nos ofreció un terreno más amigablemente homogéneo para cabildear.

a que la convocatoria fuera lo más amplia e inclusiva, y comenzamos a enfrentarnos a aspectos no trabajados en relación a la riqueza –aún amenazante– de la diversidad de rostros, etnias, colores y poderes que habían comenzado a instalarse en su interior.

Este fue –y sigue siendo– el más grande desafío y aprendizaje del movimiento. La dinámica de los gobiernos también era desigual: el Caribe, mucho más avanzado en consolidación democrática y en agendas de género a nivel público; América Latina, conteniendo la diversidad de los tiempos políticos mixtos, expresados en democracias sensibles a los intereses de las mujeres y hasta en autoritarismos y conservadurismos fundamentalistas. En todo caso, las actoras/es de estos espacios oficiales también fueron aprendiendo y ampliando sus marcos de referencia a medida que negociaban entre ellas y a medida que las negociaciones con las ONGs y el movimiento avanzaban. El aprendizaje mayor fue indudablemente el poder dialogar –algunos no pudieron lograrlo nunca– intensa y permanentemente con la sociedad civil y sus mujeres.

Del espacio regional al espacio global

Nuestra primera experiencia articulada como movimiento regional en un espacio interestatal global la dio la última reunión preparatoria (Prepcom) realizada en marzo de 1995 en Nueva York³. Previamente habíamos hecho un reajuste de cuentas y un balance de inexperiencias y habilidades. Nos encontramos frente a un escenario muy complicado: en nuestra región, un número significativo de delegaciones de los gobiernos eran débiles e inexpertas. Pocos gobiernos incorporaron a ONGs en sus delegaciones. Sin embargo las fuerzas conservadoras, lideradas por el Vaticano, sí habían logrado ser incorporadas como parte de las delegaciones oficiales, especialmente en el caso de Centroamérica, y habían llevado un equipo de lobby casi tan grande como el equipo de las ONGs de la región. El Caribe sentía que esta alianza regional con América Latina no lo dejaba avanzar, y no tenía por ello demasiado interés en coordinar. Las agrupaciones intergubernamentales, como el G-77, lograron articular propuestas conjuntas relativas al tema económico, pero frenaron el avance de casi todo lo demás. Para completar el panorama, el lobby de las ONGs se dio en forma fragmentada y dispersa: por temas, por regiones, por diversidades étnicas, sexuales, etc. y sin un espacio articulador permanente. Poco después China cambiaría el lugar del Foro, enviándolo a Huairou, a más de 50 kilómetros del espacio de la Conferencia.

La Prepcom nos dio el certificado de mayoría de edad, la convicción de que sólo con estrategias políticas claras entre nosotras el movimiento

³ La anterior Prepcom, en marzo de 1994, había pasado casi desapercibida para muchas de nosotras.

global y los gobiernos más democráticos del mundo podríamos avanzar. Con la convicción, también, de que ya no nos asombraría nada de esa dinámica antidemocrática, terrorista, sin voluntad de diálogo que despliegan las fuerzas conservadoras y patriarcales cuando sienten que avanzamos.

Las estrategias múltiples

Ante esta realidad tan compleja, con tantos conflictos simultáneos y tan cargada de incertidumbres, comenzamos –desde la región– un proceso con múltiples estrategias orientadas hacia diferentes espacios y niveles. Las estrategias hacia el movimiento-ONGs se orientaron a prepararnos a perfilar nuestra presencia como región en el Foro y en la Conferencia, recurriendo a las expertas de redes e instituciones, discutiendo y afinando nuestras propuestas, ampliando lo más posible nuestro radio de información, difusión y acción⁴.

También desarrollamos estrategias hacia otros movimientos –especialmente de los de derechos humanos– para lograr acciones de lobby conjunto frente a la ONU y el gobierno chino, a fin de tener mejores condiciones con relación al «sitio» en Beijing (en esta confrontación con la ONU y con el Comité Organizador Chino tuvimos el apoyo de varios gobiernos de la región). Las redes globales y regionales fueron nuestras interlocutoras por excelencia.

Con ellas impulsamos numerosas estrategias de articulación y dimos origen a «El Equipo», espacio donde confluyeron redes, instituciones globales y vertientes del movimiento, para organizar el lobby diario en Beijing. Esta iniciativa probó ser de gran efectividad política para superar la fragmentación de redes y regiones que habíamos experimentado en la Prepcom de marzo.

Tuvimos estrategias diversas frente a los gobiernos, negociando y ejerciendo presión política, reforzando el interés y apoyo de los países más cercanos, poniéndonos de acuerdo en puntos específicos, proveyendo permanentes insumos para clarificar y defender nuestras propuestas. Durante todo este periodo, un equipo de lobby de las ONGs tuvo presencia permanente en todas las reuniones de la CEPAL⁵.

⁴ Es cierto que en algunos países el proceso estuvo a cargo de ONGs menos inclusivas y eso restó fuerza, pero la mayoría pudo ampliar los contornos y límites del movimiento con las diversidades que se hacían presentes y reclamaban visibilidad y reconocimientos.

⁵ Las delegadas de los gobiernos comenzaban a perfilarse con claras posturas feministas. Otras apoyaban gran parte de la agenda. Sólo un pequeño grupo de países –varios de ellos de nuestra región– mantuvo posiciones conservadoras, sin voluntad de negociar.

A lo largo de este proceso tuvimos aliadas excelentes: tanto las mujeres de los organismos y agencias regionales y globales de la ONU, que nos ayudaron a entender esta lógica complicada y burocrática –y hasta ese momento ajena al movimiento– y ubicarnos en ella; como de algunas de las mujeres de los gobiernos, que nos ayudaron a reorientar el cabildeo hacia las áreas más adecuadas, en las diferentes coyunturas.

Ahora bien, por primera vez el tema de género y las propuestas de las mujeres salieron tan masivamente de los ámbitos especializados; estaban en el centro del escenario y, como diría José Nun, exigían ser oídas. Y ello trajo reacciones. Una de las negociaciones más complejas fue la relativa a las fuerzas conservadoras, lideradas en nuestra región por el Vaticano –a través, fundamentalmente, del Opus Dei– y en Asia y Africa por los países islámicos conservadores, quienes pretendieron obstruir permanentemente el avance de la Plataforma. La Coordinación se movió en varias direcciones: asumiendo la separación entre Iglesia y Estado como un derecho y como una conquista democrática histórica a ser defendida por la sociedad civil; apoyándose en las redes de salud, que exitosamente habían logrado avanzar en la conferencia de El Cairo y consagrar los derechos reproductivos de las mujeres como parte de los derechos humanos; en los grupos de mujeres católicas del movimiento, entre ellas la Red Católicas por el Derecho a Decidir, que tenía un excelente trabajo de esclarecimiento, reivindicando la pluralidad de miradas dentro de la iglesia. Buscamos y logramos también alianzas con mujeres y hombres de otras iglesias más democráticas, que levantaron su voz y quebraron así la hegemonía conservadora del Vaticano en este espacio de la ONU.

Todas estas estrategias nos dieron legitimidad y visibilidad, y nos permitieron un mayor campo de maniobra como región para aprovechar mejor nuestras únicas ventajas relativas: el ser, por un lado, la región más articulada y el poder ser además una pieza dialogante y de conexión entre el Sur y el Norte, entre espacios, redes, regiones y/o posiciones vividos como opuestos y contradictorios. Nos acercaba a unas nuestros énfasis en ajuste estructural y la pobreza, que fue uno de los ejes básicos de análisis, acción, denuncia y confrontación de la región. Nos acercaba a otras nuestro acento en la autonomía del movimiento y la radicalidad tolerante de nuestras propuestas.

Llegamos así a Beijing no sólo organizadas en equipos y con un trabajo de cabildeo exitoso: llegamos con delegadas oficiales de alto nivel, con expertas de las ONGs en las delegaciones oficiales de casi todo el Caribe y la mayoría de países de América Latina. Llegamos con equipos de apoyo, redes organizadas para dar insumos y orientación temática y política a las delegaciones. Ello facilitó enormemente el trabajo de debate al interior mismo de la Conferencia, facilitando asimismo que las propuestas del movimiento fueran incorporadas en la Plataforma. Las

redes regionales y globales aportaron significativamente a este trabajo negociador permanente y global.

El Foro y la Conferencia

Llegaron cerca de 30,000 mujeres de todas las regiones, razas, etnias, edades y condiciones, estableciendo contactos, intercambios, simpatías, solidaridades, nuevas articulaciones y también viviendo, en un microcosmos, los conflictos propios de la etapa actual de la humanidad: el problema del Tibet; las mujeres del Sahara ex-español frente a las marroquíes; las israelíes frente a las palestinas; las fundamentalistas islámicas, en alianza con las fundamentalistas católicas, frente a todas las demás... Es decir, las mujeres demostraron no ser extraterrestres, sino producto de su entorno y de los límites de sus sociedades y democracias. Hubo otras dificultades y contradicciones: la vigilancia inicial del gobierno chino, que luego fue modificada sustancialmente; las dificultades de comunicación y transporte y a veces en relación con el alojamiento, el hegemonismo del idioma inglés y de la región de Europa y Norteamérica, etc. Así y todo, lo que primó largamente fueron los deseos de construir, más que de confrontar y destruir. Se programaron cerca de 3.000 talleres globales, regionales, temáticos, sectoriales; se realizaron demostraciones –con miles de mujeres vestidas de negro– contra la pobreza; movilizaciones por el derecho a la libre opción sexual, por el derecho a llevar el velo; se organizó un impactante «tribunal de denuncia de la violación de derechos humanos de las mujeres»; cada región tuvo una «carpa» donde expresarse, actuar, proponer, informar, encontrarse –la nuestra fue la *Carpa de la Diversidad*– y cada región tuvo una noche cultural que, al menos en el caso de la noche latino-caribeña, se convirtió en una sesión de baile permanente sobre las butacas o en los pasadizos del teatro...

En este mar humano era difícil pretender una articulación global, pero además era innecesario pretenderlo. Las articulaciones fueron múltiples, acotadas, circulares, algunas en conexión, desde puntos específicos comunes o agendas de más largo aliento, otras no. Pero eso era un flujo de interlocuciones múltiples y permanentes, de personas, grupos, temas, de descubrimiento de las «otras», en sus diferencias y en sus afinidades. Las articulaciones con la Conferencia también se dieron desde diferentes espacios. En los días en que el Foro y la Conferencia coincidieron (del 4 al 8 de setiembre), se dio en la carpa de nuestra región un doble movimiento nunca visto en foros ni conferencias anteriores: no sólo una permanente transmisión de información y de personas de Beijing a Huairou y viceversa, sino el funcionamiento de equipos claros y

coordinados en ambos espacios⁶. Lo más significativo fue quizá la visita de muchas de las delegaciones oficiales a la carpa de la región, expresando solidaridad, agradeciendo el apoyo de las ONGs y reafirmando su voluntad de trabajar coordinadamente por el éxito de la conferencia y de los intereses de las mujeres.

Este Foro, potente, creativo, masivo, con un movimiento global sustentándolo, fue nuestra mejor carta de presentación para legitimarnos en la Conferencia⁷. Allí el movimiento de mujeres pudo desplegar todo lo que había aprendido y cosechar lo que había sembrado en el proceso previo. Toda la Conferencia fue un aprendizaje de ciudadanía global de primer orden para las cerca de 10.000 participantes de diferentes ONGs. Las interrogantes fueron y siguen siendo múltiples pues las hegemonías, contradicciones, intereses soberanos y económicos, etc., de los gobiernos, en coalición o en unicidad, se expresaban a través de las delegaciones oficiales, a través de las articulaciones regionales, de los bloques de países, de los países individualmente, etc. Fue un terreno en disputa permanentemente. Pero tuvo también otras características: no fue un espacio oficial tradicional y expresó la fluidez de los límites entre Estado y sociedad civil. Las mujeres que pertenecían a las delegaciones oficiales muchas veces eran las mismas con las que el movimiento había dialogado los meses anteriores; había conocimiento, simpatías, solidaridades creadas; también un mayor conocimiento de los peligros y riesgos que enfrentábamos, de con quiénes podíamos hacer alianzas y con quiénes no podíamos o no queríamos hacerlas.

Estas mujeres sabían que ellas también estaban marginadas al interior de sus gobiernos y que tendrían poco campo de maniobra en sus países; el establecer estrategias en conjunto con las ONGs-movimiento era fundamental para lograr fortalecer su incidencia en el cumplimiento de la Plataforma. Para nosotras, el establecer alianzas con ellas era una forma también de tener mejores bases para ese cometido.

En la mayoría de las delegaciones se invitó a participar a mujeres de ONGs, quienes fueron clave para impulsar las propuestas del movimiento (obviamente también hubo ONGs conservadoras y fundamentalistas en algunas delegaciones de las regiones, pero los resultados de la Plataforma indican que sus posiciones fueron derrotadas). No ganamos todo lo que queríamos y necesitábamos, pero nadie creyó nunca que eso sería ni fácil. Nunca pensamos que la Plataforma expresaría todos los

⁶ Una hora de distancia entre Huairou (lugar del Foro) y Beijing (lugar de la Conferencia) y teléfonos celulares funcionando irregularmente fueron la constante cotidiana que dificultó muchas veces una comunicación más fluida.

⁷ Como diría luego Lucy Garrido: «Sin ese Foro, los resultados de la Conferencia habrían sido otra cosa; porque no es lo mismo ir a pelear con los fundamentalistas o exigir más recursos a países ricos, con un Foro gigantesco detrás y la televisión atenta, que solitas y sin prensa, porque es como ir a la guerra con un palillo de dientes».

remedios a las injusticias de género ni todas las rebeldías de las mujeres; nunca apostamos a que Estado y sociedad civil se confundieran para avanzar al unísono.

El país de la gran muralla

«En el país de la Gran Muralla, hemos venido a exigir que se abran todas las murallas que detienen nuestro avance», decíamos simbólicamente en el discurso «no pronunciado» ante la plenaria de gobiernos, aludiendo no sólo a nuestros gobiernos sino también a China. Frente a las ONGs, el Comité Organizador Chino se movía entre la gentileza y el autoritarismo; sin experiencia ni aparente interés de diálogo y respeto a una sociedad civil aún débil, sin un movimiento de mujeres fuerte que exigiera ser escuchado.

Sin embargo, y aquí hablo desde mi rol de negociadora con el gobierno chino en relación con las dificultades del Foro⁸, es importante también considerar que, más allá de estas características de China, criticadas y condenadas por las mujeres y por los gobiernos democráticos, el Foro y la Conferencia se convirtieron en «terreno disputado» por los países hegemónicos para probar sus fuerzas y fortalecer sus posiciones. Las críticas al autoritarismo chino y a la violación de los derechos humanos estuvieron centradas también en esa dinámica geopolítica de quien saca más ventaja y muy tangencialmente en los derechos humanos de las mujeres. Lo que parecía estar en primer plano permanentemente era más un clima de guerra fría que un clima sensible a los aportes democráticos de las mujeres. Ello también se reflejó en parte de los contenidos de los medios de comunicación. Es cierto que ninguna conferencia ha tenido el despliegue noticioso que tuvo Beijing. De a ratos, sin embargo, tuve la sensación de que no siempre se expresaban los temas más significativos en relación a lo que íbamos ganando y/o proponiendo las mujeres. Y aquí hay un reto muy claro para el movimiento, y es: ¿cómo logramos que nuestros temas sean noticia en un universo comunicacional cuyos parámetros respecto de lo que es la noticia son diferentes a los nuestros?; ¿cómo lograr penetrar o permear estos medios masivos que llegan donde las voces de las mujeres todavía no llegan, que alimentan la conciencia de sus derechos o juegan con sus roles como mejor les conviene?

¿Qué otros procesos estamos abriendo?

⁸ Como coordinadora regional, fui integrante del Comité Facilitador del Foro de las ONGs, organismo que agrupó a las representantes regionales y las representantes del organismo de ONGs de la ONU; estuvo presidido por Supatra Masdit, política tailandesa. El CF era el ente organizador del Foro y, por ende, el negociador con el Comité Organizador Chino.

El proceso de Beijing ha fortalecido la presencia del movimiento en los espacios nacionales y a nivel global. Ha sido al mismo tiempo un aprendizaje ciudadano de primer orden para las ONGs y el movimiento de mujeres. Esta Plataforma de Acción ha sido producto de los gobiernos y de la sociedad civil. Ha sido un proceso a través del cual la sociedad civil, expresada en el movimiento de mujeres, ha pretendido con éxito participar e influenciar en las decisiones políticas de los gobiernos. Ello abre dimensiones nuevas para el movimiento de mujeres, para los gobiernos y para la democracia.

Múltiples dimensiones, múltiples estrategias y múltiples retos. Pues no es sólo utilizar la Plataforma como herramienta política para hacer avanzar los intereses de las mujeres, sino también, y fundamentalmente, en muchas de las regiones y evidentemente en la nuestra, para encarar con urgencia, desde los intereses de las mujeres, las grandes tareas inconclusas de la modernidad en nuestros países, lo cual afecta de forma muy particular la perspectiva ciudadana de las mujeres.

Es decir, el reto mayor es lograr que los contenidos de la Plataforma de Acción Mundial sean difundidos y asumidos no como medidas aisladas, no como producto de la sensibilidad o intereses políticos de los gobernantes, sino como derechos ciudadanos. Ni más, ni menos.

Derechos ciudadanos frente a los cuales las mujeres se sientan capaces de exigir, de opinar, de hacerse responsables de su apropiación y puedan luchar por «recursos nuevos y adicionales». No es tarea fácil y no es tarea sólo de las mujeres desde la sociedad civil o desde los gobiernos, sino que es una tarea pendiente de nuestras democracias; es, además, justicia de género.

Pero avanzar en institucionalidad democrática implica mucho más. Exige repensar las relaciones entre Estado y sociedad, reubicar el rol del Estado en las políticas públicas y el bienestar ciudadano; exige generar vastos espacios públicos al interior de los cuales los diferentes grupos sociales identifiquen sus necesidades, elaboren sus demandas, negocien sus propuestas y orienten y exijan a los gobiernos que cumplan los acuerdos, que respondan por sus acciones y propuestas o la falta de ellas. La exigencia de información y de cumplimiento (que tan bien se expresa en inglés en la palabra *accountability*) es la otra cara fundamental de la democracia, porque implica una sociedad civil conciente de sus derechos y ejerciendo y ampliando permanentemente el contenido de sus ciudadanías.

Encarar las tareas pendientes de la modernidad significa también ampliar el contenido de la democracia para las mujeres en aspectos muy concretos, y comenzar a cerrar algunas de las brechas de género más flagrantes de nuestras débiles democracias. Una de ellas es

indudablemente la de comenzar a cerrar el enorme abismo que existe para las mujeres entre democracia participativa y representativa. Creemos que este grave sesgo de género sólo se puede corregir con claras políticas de afirmación positiva y de cuotas, para asegurar que al menos un porcentaje fijo de mujeres pueda tener acceso a la posibilidad de ser elegida para puestos políticos o de decisión. El significado de las cuotas va más allá de lograr que más mujeres participen en los puestos de decisión locales, intermedios, nacionales o globales. Porque indudablemente no somos esencialistas y no pensamos que por ser mujeres somos mejores (al menos, no siempre). Pero somos, sí, expresión de una de las discriminaciones más flagrantes, en vísperas del nuevo milenio. Por lo tanto, la inclusión de las mujeres –en su diversidad y no en su uniformidad– puede ayudarnos a repensar una democracia más inclusiva, menos excluyente. Pero también por otra razón: con las mujeres pasa algo muy particular. Los liderazgos femeninos son múltiples y diversos, como lo son las vidas cotidianas, trayectorias, contextos en que se desenvuelven cotidianamente. Las múltiples expresiones e identidades de las mujeres, presentes de alguna forma en Beijing a través de las demandas y propuestas democráticas de las mujeres negras, indias, cholas, mestizas, jefas de familia, mujeres rurales y urbanas, jóvenes y viejas, heterosexuales y lesbianas, nos ofrece la diversidad ciudadana que puede comenzar a expresarse a través de la política de cuotas y enriquecer la política democrática.

Otra de las enormes contradicciones de nuestras democracias, quizá la más estremecedora, esta dada por la coexistencia de procesos democráticos en situaciones de extrema pobreza, que tienen mayor incidencia en las mujeres y más aún en las mujeres negras, indígenas, rurales. Por ello, una pregunta que surge justamente de lo que no fue definido suficientemente en la Plataforma de Acción Mundial es: ¿es posible avanzar en mayores conquistas ciudadanas si no se amplía, en el aquí y en el ahora, el contenido de la ciudadanía social/económica? Ello es indudablemente muy difícil, porque la pobreza constituye un terreno precario, doloroso y disminuido para el despliegue de nuestros intereses ciudadanos. Es necesario un umbral mínimo de bienestar para poder exigirlos. Y este es un reto mayor, para el cual –en este periodo de transición e incertidumbre– no existen propuestas claras todavía. El movimiento de mujeres a nivel global no puede dejar de colocar este aspecto en el centro de su agenda. Es claro, sin embargo, que el proceso de empoderamiento de las mujeres toma múltiples caminos. La posibilidad más bien de ampliar la conciencia y apropiación de las mujeres sobre algunos de sus otros derechos ciudadanos; el avanzar en su autonomía política (cuotas, afirmación positiva), física (salud sexual y reproductiva, derechos sexuales) y sociocultural puede indudablemente abrir mayor campo de maniobra para exigir, reafirmar y ampliar la ciudadanía social/económica de las mujeres. Y esto apunta también a otra tarea fundamental, que parte de reconocer que la sociedad civil es también un

terreno en disputa. Es decir, no sólo el Estado tiene que democratizarse sino también la sociedad civil.

No sólo para hacer carne y conciencia entre las mujeres lo que aún no se acordó y para que las mujeres y la sociedad civil reconozcan y abonen a favor de nuestros otros múltiples derechos ciudadanos. También para lograr, a través de ello y de todas las alianzas y estrategias necesarias, que los rasgos antidemocráticos, excluyentes, racistas, sexistas, homofóbicos, las enormes diferencias económicas y de poder, puedan ser cuestionados, pueda avanzarse en la modificación de los sentidos comunes y las subjetividades, alrededor de una propuesta de derechos ciudadanos que incorpore la superación de las otras múltiples subordinaciones y exclusiones de las personas. No sólo las sociedades civiles nacionales, sino esta compleja y fascinante realidad que va tomando cuerpo y expresión: la sociedad civil global. Uno de los aprendizajes políticos más significativos para el movimiento en este proceso de Beijing ha sido el de asumir que la región y cada uno de sus países son parte de una realidad mucho más amplia y compleja, que de verdad somos parte de la aldea global y que por lo tanto sólo articulándonos a nivel de los gobiernos y de las sociedades civiles regionales y globales podremos confrontar los aspectos negativos de la globalización y dar las bases para una real integración regional y global.

Esta aparece casi como la única forma de poder relacionarnos con la dinámica mundial en forma menos injusta para nuestros países y en forma más efectiva para la sociedad civil. Es decir, ¿cómo podemos seguir pensando en construir sólo democracias a nivel de los Estados-nación en el periodo de globalización? Los Estados nacionales requieren democratizarse, sin ninguna duda, pero no son el único espacio de transformación, porque no tampoco son el único espacio de poder y decisión. Pero más allá de los gobiernos, el espacio regional e internacional también ha probado ser un espacio de relativa libertad para que se encuentre y articule la sociedad civil, para confrontar los nacionalismos estadistas y un espacio privilegiado para perfilar identidades aún desdibujadas en el espacio nacional. Ha probado ser también receptor de tensiones y fragmentaciones todavía no superadas en las sociedades civiles nacionales ni en los mismos movimientos.

Ahora bien, las mujeres, a través de las redes temáticas, de la activa participación en las Cumbres y Conferencias anteriores, pero sobre todo a partir del proceso de Beijing, estamos contribuyendo a generar espacios interconectados que enriquecen la existencia de una sociedad civil regional y global de signo democrático y que nos permiten generar una fuerza colectiva, vigilante y exigente, mucho más potente para impulsar articuladamente la concreción de la Plataforma. Reforzar estas interconexiones es fundamental.

Es cierto que desde las ONGs y el movimiento de mujeres el riesgo y reto que está en la base de todo este proceso es indudablemente el de la autonomía de la sociedad civil y del movimiento en relación a los gobiernos. El viejo dilema con nuevos actores. La pregunta –a la vez el título de uno de mis libros, *Cómo cambiar el mundo sin perdernos*– sobre cómo ingresar a la lógica del poder oficial sin entramparnos en ella, como modificar, con leyes y reconocimientos ciudadanos, los aspectos más flagrantes de la subordinación de las mujeres sin caer en la tentación de pensar que esa es la única estrategia, ni que este modelo de sociedad –con mujeres incluidas– es suficiente. Cómo estar adentro y afuera, con esa perspectiva de «extrañeza», como señalan las italianas, frente a un poder que no construimos, que no es nuestro y al que no queremos de esa forma. En suma, cómo ser capaces de negociar con los gobiernos, monitorear la Plataforma y al mismo tiempo mantener la autonomía del movimiento y de la sociedad civil. Es un riesgo, pero sólo podremos enfrentarlo si definimos claramente los contenidos de los procesos de autonomía.

Es decir, la autonomía no es ni un dato congelado ni una práctica unívoca. Es más bien un proceso que va tomando contenidos específicos, de acuerdo a la fuerza de articulación, la capacidad de negociación, aspiraciones y oportunidades de transformación que se dan en un momento histórico determinado. La autonomía del movimiento-ONGs comienza a tener otro contenido: cómo lograr que nuestra presencia en estos espacios implique su ampliación y democratización; que sea la fuerza del movimiento la que, cuando sea necesario, obligue a negociar, asumir y ampliar los contenidos de los intereses de las mujeres; cómo seguir además apostando a múltiples estrategias y a interlocuciones cada vez más amplias con la sociedad civil para que asuman la defensa de la agenda de las mujeres.

Creo que la experiencia de Beijing –que además condensa las experiencias acumuladas por las feministas en las anteriores Cumbres– y un entendimiento más complejo de la autonomía –como propositiva, dialogante y articuladora, no separatista ni defensiva– pueden sin duda ayudarnos. Las alianzas específicas con las mujeres sensibles de los gobiernos abonan también en ese sentido. Pero la exigencia de que los gobiernos respeten la dinámica autónoma de la sociedad civil es fundamental.

Y esto me lleva al tema de la alianzas: ¿hay hermandad de género?; ¿y hermandad en el mundo global? Es cierto que las mujeres compartimos intereses como género subordinado en cualquiera de los diferentes espacios y contextos donde nos movemos.

Pero las diferencias son grandes, desde contextos y entornos culturales, geopolíticos, desde lógicas y dinámicas diferentes en los espacios donde

actuamos, hasta las desigualdades en privilegios y poderes. Pero si algo nos ha evidenciado Beijing es que se puede discrepar y negociar puntualmente, se puede hacer alianzas democráticas acotadas a aspectos específicos, se puede hacer alianzas de más largo aliento. En cualquiera de esas variantes siempre hemos ganado, porque nos han permitido desarrollar un poco más la agenda de las mujeres y, por lo mismo, desarrollar la democracia. En este sentido, es en la fuerza de esa diversidad –que nos permite asumir las tareas de completar y ampliar las ciudadanías restringidas de las mujeres negociando desde diferentes espacios y experiencias– y no en una hipotética unidad donde reside nuestra fuerza. Y aquí es donde quiero situar la autonomía dialogante y propositiva. En la capacidad de la sociedad civil de presionar y lograr que sus avances se expresen en políticas, a través de negociaciones, alianzas puntuales o de más largo aliento cuando sea fluido y necesario.

El post-Beijing nos enfrenta a una enorme tarea. Pero, como señalo en líneas anteriores, no creo que sólo sea responsabilidad de las mujeres, sino más bien una tarea democrática de toda la sociedad y, por supuesto, del Estado. Las mujeres hemos demostrado, en ésta y en las demás cumbres y conferencias mundiales, que compartimos las preocupaciones mundiales y buscamos alternativas: frente a los derechos humanos, el desarme militar y nuclear, la erradicación de la pobreza, la profundización de la democracia sustentada en el respeto a la diferencia, un desarrollo justo, equitativo y humano centrado en las personas, porque sabemos que son clave para el futuro de la humanidad. Hemos también incorporado numerosos temas, más ricos y frescos, algunos más dolorosos, otros más subjetivos pero inconmensurablemente más dinámicos, quizá porque vienen de nuestra experiencia cotidiana: una mirada más compleja a la pobreza desde el fenómeno de su feminización; una ampliación sustancial de los derechos humanos, incorporando los derechos de las mujeres e incluyendo los derechos reproductivos y sexuales de las personas y, además, asumiéndolos como esenciales a la democracia; la violencia doméstica y la violencia sexual como obstáculos para cualquier propuesta de paz y por lo tanto para cualquier proceso de construcción democrática; la ampliación del contenido, alcances y articulaciones de los diferentes ritmos democráticos a los espacios de lo privado y lo íntimo –a la casa y a la cama, además del país–, la permanente complejización y actualización de los derechos ciudadanos y del contenido de las ciudadanías; la importancia de reconocer y asumir la diversidad.

Estos son algunos de nuestros aportes para radicalizar y cualificar estas democracias. Varios de ellos están ya contenidos en la Plataforma de Acción Mundial; otros muchos están aún por conseguirse desde las sociedades civiles nacionales y desde el espacio de la sociedad civil global, a través de un movimiento de mujeres solidario y articulado globalmente. Beijing ha sido también un aprendizaje sobre la fuerza de

este movimiento. El ser actrices en la construcción y ampliación de los contenidos de este movimiento a nivel global ha sido una de las experiencias más enriquecedoras de todo el proceso, y también una de las más desafiantes.

Lo político es personal

Quiero terminar con algo más personal: en el proceso de Beijing aprendí más que en ninguna otra experiencia de mi vida. Aprendí todos los días, de muchas maneras y desde diferentes espacios. El estar construyendo el movimiento global ha sido fascinante y ha sido uno de los aprendizajes más enriquecedores. Aprendí lo que cuesta incorporar la diversidad y la diferencia, especialmente cuando existen tantas desigualdades entre nosotras, pero creo que ese es un aprendizaje que nunca va a terminar, porque es el lento descubrimiento de la otra/otro, venciendo permanentemente nuestras defensas internas. Y eso nos hace más personas, además. Aprendí sobre las mujeres, la amistad, la solidaridad. Tengo muy pocas experiencias negativas en este proceso; mejor dicho, ha sido apasionante y entretenido. Ha sido solidario; he tenido el respaldo del movimiento en los momentos más difíciles del proceso y las críticas siempre han sido hechas en directo. Y he aprendido a trabajar no en uno, sino en varios equipos, al mismo tiempo. El más significativo, por cotidiano y por efectivo, fue el equipo regional, formado por la diversidad de las subregiones, de las redes, y de las experiencias de vida y de lucha de cada una de esas mujeres. Fue un excelente grupo, con diálogos múltiples e iguales, con liderazgos compartidos y eficaces. El más fascinante, por diverso, potente eficiente y cálido, fue un equipo «informal» con varias de las líderes globales del movimiento: fue el descubrimiento de la fuerza de nuestra diversidad unida a nivel global, para hacer avanzar los intereses de las mujeres.

Comencé a aprender cómo funcionan el poder y el liderazgo, dentro y fuera del movimiento, dentro y fuera de mí misma. Aprendí de mis errores. Aprendí a aceptar mis inseguridades como parte de ese permanente proceso de descubrimientos. Aprendí de mi fuerza. Y finalmente, como decía en uno de mis últimos artículos, aprendí que la tolerancia es la virtud más preciada para establecer relaciones democráticas y es, a veces, la virtud más difícil.

Referencias

- Center for Women's Global Leadership: «Beijing '95: A Global Referendum on the Human Rights of Women (Draft)», Center for Women's Global Leadership, Rutgers University, New Brunswick, noviembre 1995, 13 pp.
- Celiberti, Lilian: «Y las feministas se fueron a Beijing» en *Cotidiano Mujer*, Montevideo, 1995, 4 pp.
- Charkiewicz, Ewa: «In Beijing and Elsewhere» en *Northern Lights*, Amsterdam, 1995, pp. 8-11.

- Gorostiaga, Xabier: «Ciudadanos del planeta y del siglo XXI» en *Portavoz: Boletín de los Programas de Servicios Legales en Latinoamérica y el Caribe* N° 43, ILSA, Bogotá, 1995, pp. 12-23.
- Hausler, Sabine: «Women and the Politics of Sustainable Development» en Heyzer, Noeleen (ed): *A Commitment to the World's Women: Perspectives on Development for Beijing and Beyond*, UNIFEM, Nueva York, 1995, pp. 151-159.
- Sinha, Dipankar: «Summit-Led Humanitarianism: Towards Fourth World Women's Conference» en *Economic and Political Weekly* 2678/95, Bombay, pp. 2102-2104. Waterman, Peter: «Global, civil, solidario. La complejización del nuevo mundo» [Globalisation, Civil Society, Solidarity. The Complication of the New World], en *Nueva Sociedad*, N° 132, 7-8/1994, pp. 128-145.